

“Señor, enséñanos a orar”

Lectio de Lucas 11,1-13

P. Fidel Oñoro cjm

Una de las lecciones más importantes del discipulado es la de la oración.

La oración es una realidad instintiva, ocurre en todas las culturas y en todas las religiones, en las más variadas formas, pero para un discípulo de Jesús hay una forma de orar que es distintiva.

Dice un bello texto de la Conferencia Episcopal del Japón que “toda criatura ora cantando el himno de su existencia, cantando el Salmo de su vida”.

Pero... ¿Qué es lo propio de la oración cristiana?

Este Domingo el Evangelio de Lucas nos ofrece una de las grandes catequesis de Jesús acerca de la oración (11,1-13). Se trata de una nueva forma de orar en la que emergen tres imágenes de Dios, tres imágenes del orante y tres actitudes que la configuran.

1. Una nueva forma de orar

“Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos” (11,1)

La petición inicial “Señor, enséñanos a orar” no le pide al Maestro que entregue una oración que se sume a las ya conocidas, pide algo más de fondo. El pueblo hebreo ya contaba con un salterio entero que le hacía de estrella polar en el mundo de la oración. La petición equivale a decir más bien: “Enséñanos a estar delante de Dios como estás tú”... “Tú que sostienes una relación única y novedosa con el Padre”.

La oración de un discípulo es la continuación de la oración del Maestro, es una apropiación de su corazón orante, con su revelación particular de Dios y con las actitudes que esto implica. Recordemos que el Evangelio ha presentado a Jesús como aquel en quien se hace presente el Reino de Dios (4,44) y es particularmente significativo en aquel que hace presente el Reino, que él es el Hijo de Dios (1,35), el que ha dicho que quiere estar en la casa o en las cosas del Padre (2,49).

Por tanto, la petición “Enséñanos a orar”, puede entenderse como un “Enséñanos a estar delante de Dios como lo haces tú en tus noches de vigilia,

en tus cascadas de alegría, con corazón de adulto y de niño al mismo tiempo”
(E. Ronchi)

Decía M. Zundel que “Orar es volver a conectar la tierra y el cielo”. Pero agregaría que orar es un volver a unirse a Dios como se une la boca con la fuente.

2. Tres imágenes de Dios y tres actitudes en consecuencia

Jesús responde a la solicitud con tres imágenes que van delineando el rostro de Dios, el del orante, cada uno con sus respectivas actitudes. Y al interior de esa intensa relación entre el orante y Dios poco a poco se va clarificando cuál es el “don” que se concede en la oración.

Uno, el rostro de un Padre

Sí Dios es un “Padre”, en correspondencia se viene a la oración en condición de “hijo”.

Así lo delinean la oración del “Padre nuestro” (11,1-4) y las comparaciones finales con los padres buenos de la tierra (11,11-12).

Todas las oraciones de Jesús en Lucas comienzan con la invocación ‘Padre’. “Papá” es el nombre de la fuente, de los inicios y de la infancia, el nombre de la vida. Aquí ya hay una primera característica. Jesús no usa el lenguaje de los rabinos ni de los sacerdotes del Templo, quienes se dirigen a Dios como el Señor y el Todopoderoso. ‘Papá’ es una palabra de casa. Jesús prefiere la lengua del corazón y de los niños.

La primera palabra reconfigura el mundo oracional. Entrás en relación con un Dios cálido que sabe de abrazos y de casa, un Dios afectuoso y cercano de quien se recibe lo fundamental para vivir. Así es el Dios del Reino.

“Santificado sea tu Nombre...”

La novedad de su nombre revelado como Dios de la historia santifique en su amor toda la tierra, transforme e imprima de sí mismo esta historia de ídolos feroces o indiferentes.

“Venga tu Reino...”

Este Reino o acontecer poderoso de Dios donde los pobres se hacen príncipes y los niños son los primeros en entrar. Que sea el más bello de todos los proyectos, el único en recuperar a fondo todo ser humano y secar las lágrimas de quien vive y muere por alcanzarlo.

“Danos cada día nuestro pan cotidiano...”

Nuestra vida depende del cielo. Necesitamos de un pan que sea compartido, que sea “nuestro” y no sólo “mío”, porque si una persona se sacia y otra muere de hambre, ese no es tu pan.

“Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos...”

Sana nuestro corazón, abraza nuestra fragilidad y nosotros, como tú, abrazaremos las imperfecciones de todos.

“No nos dejes caer en tentación”

No nos dejes salmodiar solos nuestros miedos, sino tómanos de la mano y sácanos de la fosa del mal que nos engulle, vence en el terreno de nuestro corazón lo que lo destruye, envejece y hace torpe. Así defenderemos la vida de todo tipo de muerte.

Podemos apreciar cómo en la invocación “Padre” y en lo que enseguida se pide, Jesús con sutileza deja entender que la oración abraza la causa de Dios y del hombre. El orante se interesa por la causa de Dios (el nombre, el Reino, la voluntad) y Dios se interesa por la causa del hombre (el pan, el perdón, el mal que acecha). Es hacerse el uno para el otro. Pero, además, la oración les da un giro a mis impulsos.

Con Jesús se aprende a orar sin decir nunca “yo” o “mío”, sino “Tú” o “nuestro”. En la oración se experimenta un redireccionamiento que va del natural “hacia mí” al genuinamente evangélico “hacia el otro”.

Dos, el rostro de un amigo

“Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje un amigo...”

Con una parábola que narra una historia de amistad, se desvela el secreto de la oración (11,5-8).

El rostro del amigo será subrayado después por Santa Teresa de Jesús, quien dirá:

“Orar es ‘tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”.

Pongamos atención, Jesús pone en escena a tres amigos:)1) el amigo pobre que va donde (2) el amigo que tiene pan, pidiendo ayuda para atender (3) al amigo viajero que llega inesperadamente.

Este último, que permanece en el trasfondo, en la narrativa en realidad es un personaje de primer plano: representa a todos los que tocan a mi puerta sin avisar, a los cansados de largas rutas que requieren de pan y confort.

Jesús no quiere que la oración se convierta en un diálogo exclusivo con Dios, sino que se abra a las necesidades del mundo que tocan a mi puerta y que haga circular el amor (los tres panes) en el cuerpo del mundo.

Este amigo que hospeda y que va medianoche a tocar la puerta del otro amigo, se distingue también por la insistencia. Esto último queda más claro en lo que sigue.

Tres, el orante se presenta como un buscador de Dios

Jesús lo compara con un mendigo que busca, pide y la toca puerta

Precisamente los tres imperativos con los que Jesús exhorta la perseverancia en la oración, calcan el rostro del orante en el de un mendigo (11,9-10). Si bien, a los ojos de Dios, no somos mendigos sino hijos (11,11-13).

Un mendigo “Pide” con la mano extendida, “Busca” en la basura o donde sea posible lo que le pueda servir y “Toca la puerta” de las casas para pedir el pan que necesita, si no le abren en una o le tiran la puerta en la cara, va de puerta en puerta hasta que alguien le responde.

La oración para Jesús no es cuestión de emociones pasajeras o de requerimientos inmediatos. Le distingue la perseverancia.

Venimos ante Dios siempre como pobres, no como ricos. Lo contrario de la oración es la autosuficiencia, la soberbia.

Venimos ante Dios con manos vacías para ser llenados por él.

Y él nos ve, no como pobres mendigos, sino como a hijos amados a quienes un papá nunca les dará algo que les haga daño (una piedra, un alacrán), sino aquello que más les conviene para su crecimiento.

Y llegamos así al final de la catequesis.

Al final Jesús revela que el mayor don de Dios, el pan bueno que él da, es su Espíritu Santo (11,13). El don de Dios no son las cosas de Dios, sino Dios mismo que se nos da. Ante la habitual pregunta sobre si Dios responde a las oraciones, decía D. Bonhoeffer: “Dios responde siempre, pero no según nuestros requerimientos sino según sus promesas”.

3. ¿Cómo se ora, entonces, en la comunidad de Jesús?

En el lenguaje común y corriente “orar” se entiende como el lograr algo de Dios. Esto implicaría un hacer cambiar a Dios, conmover a Dios para que nos conceda algo que necesitamos.

Pero para Jesús se trata de lo contrario: la oración ante todo me hace cambiar es a mí.

El orar cambia la historia, mi historia; cambia mi imagen de Dios, mis relaciones y redirecciona mi proyecto de vida. Orar no equivale a pedir, sino a evocar rostros, el del Padre Dios, el del amigo (y así se presentará Jesús) y el del don mayor, el pan por excelencia que da la vida, que es el Espíritu Santo.

En estas imágenes puedo percibir cómo Dios está conmigo todos los días. En esta valiosa catequesis sobre la oración Jesús revela al Dios al cual nos dirigimos como un Papá que se involucra en mis cosas, que une su respiración a la mía, que mezcla sus lágrimas con las mías.

En fin...

Si orando no siempre obtengo lo que quiero, con total certeza puedo decir ahora que siempre obtendré algo mayor: la atención de un amigo, el don mayor del Espíritu, el rostro de un Padre, y el sueño de un abrazo.